

## Artefactos

**Cómo citar:** González, D. (2024). Palestina: Narrativas contra la Extinción de Otros Mundos Posibles. *Mediaciones*, 32 (20), pp.1-9. <https://doi.org/10.26620/uniminuto.mediaciones.20.32.2024.1-9>

**Editorial:** Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

**Recibido:** 5 de diciembre de 2023

**Aceptado:** 13 de diciembre de 2023

**Publicado:** 22 de diciembre del 2023

ISSN: 1692-5688 | eISSN: 2590-8057

**David González**

[davidgonzalez.periodista@gmail.com](mailto:davidgonzalez.periodista@gmail.com)

Periodista Independiente

Colombia

# Palestina: Narrativas sur-sur

## Palestine: South-South Narratives

## Palestina: Narrativas Sul-Sul

*Palabras Clave:* Colonialismo, Narrativas, Cultura, Eurocentrismo, Representaciones, Relatos marginales o subalternos, Palestina.

*Keywords:* Colonialism, Narratives, Culture, Eurocentrism, Representations, Marginal or subaltern narratives, Palestine.

*Palavras-chave:* Colonialismo, Narrativas, Cultura, Eurocentrismo, Representações, Narrativas marginais ou subalternas, Palestina.



**Imagen 1: Belén**

Para llegar desde Jerusalén a un café central en Belén, parte de la Cisjordania ocupada, hay que atravesar controles, muros y retenes militares. En el camino se ven filas para entrar a las mezquitas, para salir del territorio o para moverse. Esas filas de hombres y mujeres árabes son vigiladas por militares, cámaras de seguridad, y colonos civiles armados- miembros de grupos radicales sionistas.

El ambiente de opresión no es un imaginario, se respira.

En el centro de Belén, me encuentro con un joven académico palestino. Tiene un café donde además organiza diálogos políticos y eventos culturales. En la pared hay unos cuadros de luchadores y luchadoras por la libertad de Palestina. Está el Che Guevara.

“Es más lo que nos hermana a los pueblos del sur que lo que nos separa”, explica y luego cuenta su historia de la lucha cubana.

El café está en un edificio antiguo y bien cuidado, debe tener más de 100 años. Más viejo incluso que el Estado de Israel.

“Dicen que acá no había nada, que era un desierto sin gente. ¿Entonces cómo explica este café en un edificio que perteneció a mi abuelo palestino? Nuestra lucha es por recordar, es decir por existir”, relata.



**Imagen 2: Mujer Palestina Grafiti**

A pesar de las diferencias culturales de forma, hay un lazo de fondo que nos une como latinoamericanos con el Medio Oriente: es el lazo de la expoliación colonial. Y ese ha sido mi principal interés al viajar por esas tierras: encontrar similitudes con las propias sufridas en la perdida ciudad colombiana de los Andes, donde crecí. Y así encontrar respuestas sobre cómo narrarnos.

No ve igual el Medio Oriente alguien que creció en las zonas del ser, como diría Franz Fanon, que quienes crecimos y habitamos la periferia del no ser. Asimismo, no relata el Medio Oriente igual alguien que ha vivido los mismos padecimientos del lado condenado del mundo.

Los relatos son distintos y a la vez liberadores, de resistencia. Pero para llegar a eso, hay que explicar un concepto clave que permite ver el mundo con otros ojos.

El sociólogo marxista peruano Aníbal Quijano se preguntaba cuál era el dispositivo de poder que generó lo que él llamaba el "Sistema-mundo Moderno/colonial". Se preguntaba cómo ese dispositivo se reproducía estructuralmente hacia adentro para cada uno de los Estados Nación. Su respuesta, que no era nueva sino el eco de las palabras de los pueblos indígenas desde hace siglos, la etiquetó bajo el concepto de la "colonialidad del poder". Hay un imaginario operante y activo que establece diferencias gigantes entre el colonizador y el colonizado, una ficción que hace uso de las categorías de "raza" y "cultura" para establecer identidades opuestas.

Explica mejor el filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez:

El colonizado aparece así como lo 'otro de la razón', lo cual justifica el ejercicio de un poder disciplinario por parte del colonizador. La maldad, la barbarie y la incontinencia son marcas 'identitarias' del colonizado, mientras que la bondad, la civilización y la racionalidad son propias del colonizador. Ambas identidades se encuentran en relación de exterioridad y se excluyen mutuamente. La comunicación entre ellas no puede darse en el ámbito de la cultura, pues sus códigos son inconmensurables, sino en el ámbito de la Realpolitik dictada por el poder colonial. (Castro-Gómez, 2000).

A través de los ojos de un mestizo que no recuerda su parte indígena y que no es consciente de la herida colonial, hemos construido el relato de ese Medio Oriente. Lo vemos como una tierra bárbara, inferior e incómoda a la visión hegemónica.

Desde esa mirada colonizada y acostumbrada a ser unidireccional, solo vemos hacia Europa, como cuna "exclusiva" de la modernidad, la racionalidad y el desarrollo. El resto del mundo, aunque tenga calcadas las cicatrices que cargamos en América del Sur, no era importante en nuestra construcción del mundo.

Pero lo es, como dice el profesor colombiano Arturo Escobar, lo que resiste a esa ocupación, tan parecida en Palestina a la historia de nuestros pueblos, son verdaderos mundos que "resisten el proyecto globalizador de crear un mundo hecho de un mundo (capitalista, secular, liberal) que intenta reducir todos los mundos a uno solo" (Escobar, 2015).



**Imagen 3 Shatillah, campo de refugiados**

Mi primer viaje al Medio Oriente fue a Beirut, Líbano en 2016. En ese momento, las acciones violentas de la organización Estado Islámico ocupaban todos los titulares de los medios occidentales. Desde Colombia, la imagen del mundo árabe está distorsionada hasta la monstruosidad por el prisma colonial y eurocentrado con el que construimos nuestros relatos.

La primera impresión de Beirut deja sin aliento. Los miedos y el sesgo que traemos de equipaje crecen con los ruidos y el caos de una ciudad que todavía tiene las heridas abiertas de la guerra civil que vivió. Luego, el miedo va dando paso a la contemplación; cada llamado a orar desde las mezquitas se convierte en un respiro de alivio, y las sombras ya no son tan oscuras. Tras unos días, descubren tanto en común con nuestro sur: detectan un sabor parecido en los alimentos, un cariño semejante entre las familias y el juego peligroso de los niños en las calles cuidadas a medias.

También los colores, la luz del mediodía, las risas y la música. Hay un aire latino en cada fragmento de la imagen de Beirut.

Al oeste de la ciudad queda Shatila. Es hoy un barrio y también un campo de refugiados palestino. En 1948, cuando Occidente acuerda la creación del Estado de Israel en tierras palestinas, cientos de miles de personas fueron desplazadas forzosamente y se convirtieron en desplazados por todo el mundo. Ese momento se conoce en árabe como Nakba, que traduce catástrofe. Miles de familias llegaron al oeste de Beirut, primero en carpas y, tras décadas, lo convirtieron en un populoso barrio árabe. Así ha sido la diáspora palestina, familias y familias regadas en campos de refugiados y ciudades extrañas.

En 1982, durante la guerra civil que vivió Líbano entre las facciones falangistas

cristianas aliadas de Israel y los sectores musulmanes, Shatila estaba bajo el control de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Entre el 15 y el 18 de septiembre, miles de refugiados palestinos fueron masacrados por falangistas de origen cristiano en venganza por el asesinato del presidente libanés Bashir Gemayel. Los falangistas fueron cubiertos por el ejército de Israel que controlaba los perímetros de los campos de refugiados tras su invasión a Líbano el 6 de junio del mismo año. La Asamblea General de las Naciones Unidas describió esto como un acto de genocidio. Pero nada pasó; no hubo condenas judiciales ni responsables de la masacre en prisión. Era simplemente el orden colonial alineando sus fichas, como ha sucedido tantas veces en América Latina.



**Imagen 4: Abed Moubayed**

Abed Moubayed nos recibió a una periodista francesa y a mí en su oficina, una casa de dos plantas hacinada en el corazón de Shatila. Es el administrador de una de las localidades de Shatila, que alberga unas 10.000 personas. “Colombia, ¿en serio? Siempre he querido viajar a América Latina”, dijo Abed y esbozó una sonrisa. Luego nos sirvió un té. Olvidó a la colega francesa y se centró en contarme sobre Fidel Castro y fragmentos de Cien años de soledad de Gabriel García Márquez que podrían haber sido escritos en su natal pueblo en lo que es hoy Israel. Abed era un hombre en sus 60 años, musulmán marxista; alternaba el diálogo mientras resolvía asuntos burocráticos de la administración. “Ojalá vinieran más personas de América Latina a conocer nuestra realidad”, se lamenta.

Edward Said es un pensador de origen palestino que explicó el concepto de Orientalismo. Con este, Said básicamente describe la forma en que Occidente crea una representación

reduccionista de Oriente. Creía que el colonialismo moderno no opera solo por la fuerza, sino que tiene un elemento “representacional”.

“Es decir, que sin la construcción de un discurso sobre el otro y sin la incorporación de ese discurso en el habitus tanto de los dominadores como de los dominados, el poder económico y político de Europa sobre sus colonias hubiera resultado imposible”, cuenta Castro-Gómez (2005, p. 43) al explicar el concepto de Said que luego fue retomado por otros pensadores y pensadoras decoloniales.

El relato, la representación, tienen que transformarse, liberarse para cambiar la cotidianidad, para pasar de un dispositivo cultural de resistencia a uno de emancipación.

¿Pero cómo? Si durante siglos de historia se ha construido una noción de universalidad a partir de la experiencia parroquial de la historia europea; se ha leído el espacio de la experiencia humana desde esa particularidad (Dussel, 2000). ¿Cómo la emancipación de los relatos puede sobreponerse a la universalidad radicalmente excluyente de occidente?

No es una tarea fácil cuando se ha naturalizado el imaginario cultural europeo como única forma de relacionarse hasta con la propia subjetividad. Pero es posible.



**Imagen 5: museo Hezbollah**

A 70 kilómetros al sur de Beirut está la ciudad de Mleetah. La distancia se recorre en un carro en menos de dos horas. Líbano es un país pequeño lleno de historia. Unos cinco mil años atrás, fue la cuna de la civilización fenicia, grandes navegantes y comerciantes de la antigüedad que llevaron el color púrpura por todo el Mediterráneo. El Islam llegó al Líbano solo hasta el siglo VII de nuestra era. Esa diversidad histórica no se puede reducir a una etiqueta.

A media hora de Mleetah, sobre una colina, el grupo militar y político Hezbollah, catalogado como grupo terrorista por Israel y Estados Unidos, construyó el Museo Turístico de la Resistencia. En la inauguración del museo de Hezbollah, en 2010, asistieron el primer ministro del Líbano y el intelectual estadounidense Noam Chomsky.

El museo tiene representaciones y relatos de cómo el Líbano árabe ha resistido los intentos coloniales de Israel. Cuenta con los tanques destruidos de la guerra de 2006, que enfrentó contra las Fuerzas de Defensa de Israel. La guerra terminó con el retiro de las tropas israelitas del sur del Líbano y Hezbollah se labró la fama heroica en los países árabes y, por supuesto, entre el pueblo palestino.

Entrar al parque es entrar a otro tipo de Disneyworld, con otros relatos y otras representaciones. Si se quiere, otras propagandas; pero con historias que legitiman la resistencia libanesa al proyecto colonial, antes que secundarlo.

El escritor y teórico británico-jamaicano Stuart Hall explicó el concepto de cultura como un proceso ininterrumpido de significación, siempre cambiante. Los significados cambian según el contexto y son el resultado de una lucha de poderes; esto además quiere decir que los significados no son esencialistas, sino que pueden ser deconstruidos. Lo cultural es ese flujo cambiante de significados que conectan lo material con lo simbólico, es ese puente dinámico donde ocurre el lenguaje, el pensamiento y la comunicación (Hall, 2018).

Los poderes en pugna buscan la ascendencia de su ideario y representación. Se entremezclan y superponen siempre en movimiento con esas fuerzas subalternas, reprimidas o en resistencia. En ese tire y afloje, los colonizados tienen formas culturales híbridas y convulsivas, y el posicionamiento de los relatos marginales o subalternos se convierte en camino de emancipación.

La socióloga boliviana aymara Silvia Rivera Cusicanqui, desde otro plano, tiene una conclusión que respalda este andar de resistencia que refleja el mundo árabe y el de Latinoamérica. Si bien los procesos coloniales de la modernidad histórica significaron esclavitud para los pueblos indígenas, también fueron una arena de “resistencias y conflictos, un escenario para el desarrollo de estrategias envolventes, contra-hegemónicas, y de nuevos lenguajes y proyectos indígenas de la modernidad” (Rivera, 2013).

Cree Rivera Cusicanqui que la modernidad indígena puede emerger en espiral en contacto con el pasado y el ahora, así no solo vislumbra la descolonización sino que la realiza al mismo tiempo.

Los relatos subalternos florecen, cambian las representaciones y en la pugna de poder, transforman las cotidianidades de los pueblos dominados. “El mundo al revés del colonialismo, volverá sobre sus pies realizándose como historia solo si se puede derrotar a aquellos que se empeñan en conservar el pasado, con todo su lastre de privilegios mal habidos” (Rivera, 2013), sentencia.



**Imagen 6: Muro Cisjordania**

¿Y cómo más se puede derrotar la propuesta única y colonial de Occidente, si no con el florecimiento plural de narrativas silenciadas en la historia? Caminar por las calles de Cisjordania o la Jerusalén ocupada es evidencia de esa tesis. Frente al muro de la vergüenza, que Israel construyó para convertir Belén en una cárcel, los palestinos proyectan partidos de fútbol, dibujan grafitis de desobediencia. Desde las entrañas de ciudades dominadas, surgen iniciativas para conservar semillas ancestrales que ya no les permiten cultivar; también nuevas músicas y arte. Decenas de jóvenes en Gaza, hoy víctima de un genocidio que deja miles de muertos, cuentan al mundo su tragedia a través de las redes sociales, pero también sus sueños y su pasado.

Y eventualmente se impondrán y construirán nuevas hegemonías que permitan realidades dignas al pueblo palestino, porque las bombas no pueden extinguir sus narrativas.

Eso lo sabemos en América Latina.



## Bibliografía

Castro-Gómez, Santiago. (2000) .Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la "invención del otro". Recuperado de [https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/sur-sur/20100708045330/8\\_castro.pdf](https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/sur-sur/20100708045330/8_castro.pdf)

Castro-Gómez, Santiago. (2005). La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816). Pontificia Universidad Javeriana.

Escobar, Arturo. (2015). Territorios de diferencia: la ontología política de los "derechos al territorio". Cuadernos de antropología social, (41), 25-38. Recuperado de [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1850-275X2015000100002&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-275X2015000100002&lng=es&tlng=es).

Lander, Edgardo. (comp.) (2000). La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Dussel, Enrique. (2000) Europa, modernidad y eurocentrismo. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Quijano, Aníbal. Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina,

Hall, Stuart. (2018). Essential Essays (Vols. 1 y 2). Duke University Press.

Rivera Cusicanqui, Silvia. (2013). Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores. Tinta Limon.